

## – PRESENTACIÓN –

CUANDO ERA ADOLESCENTE NOS PIDIERON EN EL colegio que leyéramos un libro de Azorín. Se titulaba *Memorias de un joven filósofo* y (como siempre me ocurría con la literatura obligatoria) traté de evitar el contacto con él porque yo era rebelde. Además la edición era mala, pues las páginas se despegaban al pasarlas. Fue una pena, porque los pocos capítulos sobre los que me detuve me encantaron aunque no supiera a los quince qué era la filosofía.

A menudo se piensa que los filósofos redactan mamotretos, obras largas y pesadas que tienen la pretensión de ser incomprensibles. Se olvida de ese modo la idea kantiana de *filosofía impura*. Las personas interesadas en cocina no tienen por qué empezar por las recetas de *El Bulli*; las madres que deciden aprender primeros auxilios para manejar el *betadine* en las rozaduras que se irán haciendo los niños no tienen el deber de ir a una Facultad

de Medicina o de hacer un curso especializado en sutura del peritoneo. Por supuesto que el filósofo puede ser oscuro, y eso es necesario en cierto nivel de cultivo de esa posible «bella arte» (D. Innerarity). Pero la filosofía no termina ahí, sino que también acompaña a la vida, y puede servir de base para reflexionar sobre nuestras existencias que —cuando son vividas significativamente— con frecuencia devienen en auténticas *guías para perplejos*.

Mi formación es humanística, especialmente centrada en el cultivo de la Filosofía. También soy, desde hace casi treinta años, educador, tanto en universidad como en educación secundaria. Mi vida profesional ha transcurrido sobre todo dentro del aula, con el reto impagable —y difícil— de animar a pensar a jóvenes alumnos que no son especialistas, ni conocedores, de mi campo de especialización. Y me gusta leer. Y escribir. De hecho, con frecuencia escribo sobre lo que leo. Y sobre lo que veo. Y sobre lo que pienso.

¿Cuáles son mis intereses? Principalmente, y así creo que se nota en estas páginas, la perplejidad —el *dolor*— ante el paso del tiempo (me sé deudor de Heráclito), unida a la intuición de la permanencia del fundamento (aquí dependo de Platón y de la cosmovisión cristiana). También me importa la educación. Se verá que detesto que se reduzca a objetivos utilitarios y a salidas profesionales, que me decanto por la «utilidad de lo inútil» (N.

Ordine) y por los placeres ocultos de la vida intelectual (Z. Hitz). La idea de que estoy rodeado de *figurantes*, perdiéndome la suerte de conocerles como personas, me preocupa y me entristece: siempre se encuentra algo en cada uno por lo que destaca sobre todos los demás, por lo que merece ser honrado. La idea de que yo sea un figurante para tantos me hace en cambio sonreír, porque me quita las ínfulas y me devuelve a mi sitio. Me interesan los niños, pues en ellos no hay doblez ni engaño, tienen los ojos como luciérnagas y dan saltos cuando andan. Muchas veces he pensado que solamente ellos, y los locos y los santos, aciertan a descubrir lo realmente real. En su caso, por vivir todavía antes de la apariencia. Me gusta la cultura, las buenas letras, la música, las buenas maneras. Me disgusta el ruido, la zafiedad, lo inmediato, lo rápido. Y, sobre todo, me deslumbra la amistad, el don impresionante de tener alrededor gente que de una forma completamente gratuita (donal) te quiera y se deje querer. Cuando esto acontece —como decía Aristóteles hablando del uso de la inteligencia— ocurre

del mismo modo que una visión de la persona amada —aunque sea fugitiva y parcial— nos es más dulce que un conocimiento exacto de muchas otras cosas, por muy importantes que éstas sean.

*Las partes de los animales*, I, cap. 5, Bk 644b 30s.

Los textos que presento los he ido elaborando a lo largo de varios años. Si no los hubiera redactado, la mayoría de las experiencias que narro se habrían perdido. Al escribirlas quedan registradas a la espera de un lector que las rescate de la no-vida y no-muerte del Hades (H. Marín). Cuando el amable lector lo haga yo, que me seguiré yendo, ya no recordaré esos hechos. O quizá ya no esté, y sean estas páginas lo poco que de mí quede. Mis recuerdos y yo, hechos una misma cosa. ¿Qué seré entonces? Un *figurante* en la biografía del lector, una sombra en la historia del Mundo, letra pequeña en medio de la gran prosa e hijo en la presencia del Padre.

Todo eso constituye un tesoro nada menor por el que cotidianamente doy las gracias.

8 de abril de 2024

— FIGURANTES —

LA VIDA ESTÁ LLENA DE FIGURANTES. LOS VES EN LAS series que tienen parte de acción en pasillos u oficinas. Andaban por la *UAT* (24), recorrían sin mucho que hacer la comisaría en *The Shield* sin enterarse nunca de dónde se encontraba la verdadera acción, e incluso sobrevivían al accidente del avión de *Lost* para ocupar el campamento y no tener papel alguno en las siguientes temporadas. En fin, acababan resultando un verdadero incordio para los guionistas pues todo, ¡todo! —lo bueno y lo malo, los enamoramientos y los terrores— les acaece a los actores en títulos de crédito y no a esos otros 35 o 40 individuos que pululan constantemente ordenando cosas entre los restos de la cabina o en la mesa de comisaría, sin una frase ni medio miedo ante las cosas que parece evidente que están pasando, aunque sea una amenaza nuclear o el fin de todo.

Los guionistas y el director del episodio se esfuerzan en solucionar lo ridículo del asunto poniendo a esos figurantes a mirar papeles, a caminar rápido o a hacer como si manejaran asuntos a su modo interpelantes que nada tienen que ver con lo que realmente está en juego y compone la esencia del relato. Ponte en esta situación: el mundo a punto de estallar, quizá desaparezca la ciudad de Los Ángeles por una explosión nuclear provocada en un atentado terrorista de un árabe fanático, Jack Bauer corre de aquí para allá atando cabos, y resulta que la rubia de pelo largo del fondo no tiene nada mejor que hacer que trastear con la máquina de café, el gordito con gafas lleva un expediente ridículo a lenta velocidad de crucero, aquellos tres cuchichean con pinta de hablar de la Liga o de tiendas de ropa, una señora gorda de larga coleta descuelga un teléfono para hacer una llamada con la tensión de quien ha rescatado un gato de un árbol. Parece claro que no les han explicado de qué va la escena a la que prestan su pose y que todo aquello es una ficción que ha roto con la obligación de verosimilitud.

*Figurantes.* Como cada uno para la vida de tantos. ¿Qué sabe de mí la cajera del *Caprabo* donde compro la pasta de dientes? ¿Qué sé yo de ella? *Figurantes*, como todos en cuanto trascendemos mínimamente nuestro entorno. En algún sentido nadie, ni siquiera los líderes, tiene ninguna importancia. ¿Qué le importa la crisis económica

mundial a mi sobrina María, de once años? ¿Qué valor tiene aquella gran autoridad mundial, que dentro de un par de lustros quedará sepultada en uno o dos epígrafes de libros de texto para estudiantes remisos? Pero en otro, cada cual destaca absolutamente por algo, precisamente por ser él mismo y no otro, por mirar el mundo desde sí. Entonces se cae en la cuenta de que la institución del figurante, del *extra*, es el mayor de los engaños narrativos que proporciona la ficción. De que es la consecuencia de que ninguno de nosotros soporte demasiada realidad (T. S. Eliot). No hay *figurantes*, sino *personas*. ¿No logró Tolstoi que hasta el último personaje que pasaba por *Guerra y Paz*, sin importar que no ocupara más de cinco líneas, tuviera consistencia propia? ¿No ocurre que hasta el más desgraciado de los *street children* de la ciudad de Eldoret en Kenia es, en muchos sentidos, el centro y origen del Universo? Si contamos hasta uno, si despertamos a la realidad, no veremos nunca *figurantes*.

Cierto, a primera vista todos somos extras. El CEO de Apple lo es en la vida de mi sobrina María, las grandes estrellas del fútbol lo son en la mía. La fama no es más que apariencia, un completo engaño: ¿alguien recuerda a los grandes referentes de la sociedad de La Coruña en 1954, en 1873, hace apenas quince años? ¿Y a los personajes imprescindibles que pululaban por el Madrid de 1627? ¿O por Bombay? Nuestro presente siempre se nos propone

como la realidad valiosa. Pero eso solo ocurre porque es el *nuestro* y todos, por la fuerza de las tendencias instintivas que habitan en nuestra naturaleza, somos *etnocéntricos*, hacemos que las cosas y el tiempo giren en torno a nuestro interés. Sin embargo el presente es casi irrealidad, pues su modo intrínseco de ser consiste en pasar, y todo paso implica dejar de ser, no ser nunca uno mismo por completo. Descubrir esto, el carácter relativo de lo que tomamos por absoluto, es un signo claro de maduración. Distinguir entre la apariencia y la realidad es el objetivo del conocimiento, que es lo mismo que decir que es de lo que en el fondo trata toda educación, además de la fuente de liberación personal respecto del contexto.

La historia de la humanidad entera –más con los planes de estudio de los últimos treinta años– puede ser considerada pura figuración. Lo descubrió Platón al hablar de las sombras de la Caverna. Sin embargo, el mismo Platón intuyó que algo debería ser presencia que no pasara, lo realmente real. Ese «algo» fue llamado por los cristianos *amor de Dios*. Nuestra relación con este amor es, por un lado, hacia el *origen* (el ser surgió de la afirmación de un Ser que dijo «sí» cuando «vio que todo era muy bueno»), y por otro lado, hacia el *fin* («nuestro corazón está inquieto, hasta que descanse en ti»). La vida de cada uno, y del *nosotros* que formamos en nuestras relaciones, se da entre estos dos extremos: nostalgia y anhelo, fundamento y esperanza.



Mientras tanto, en la contabilidad de Dios, que es la perspectiva que se abre por medio de la filiación divina, no existen los figurantes. Dios solo sabe contar hasta uno, pero no como individuo aislado, sino como persona (tú) que existe en relación con Él.

— HÉROES EN ESTA PELÍCULA DE ACCIÓN —

NECESITAMOS HÉROES. EN EL CINE —ANTES, CUANDO SE IBA—, eran tipos de cuerpos perfectos que en 90 minutos:

- salvaban al mundo de una amenaza mayor que cualquiera que pudiera pensarse;
- mataban al malo si bien, en realidad, en el último momento hacían el gesto de salvarle, aunque la mano se escurría siempre y el otro caía al vacío dando un grito desgarrador;
- conquistaban a la chica escultural que ya se encargaría de burocratizarle la existencia, de que asentara la cabeza, dependiendo todo ello de la posibilidad de secuelas.

Pero esos héroes no existen. Pablo y Marta, Rubén y Teresa. Dos matrimonios jóvenes, ellos de 34, ellas ya en la edad sin edad de las mujeres coquetas. Cada pareja tiene cuatro niños. Conozco a las niñas de Pablo y de Marta (todas

chicas): Carmen, Sofía, Julia y Gabriela. Las dos pequeñas me tocaban la barba con asombro, afanadas en investigar el mundo de su entorno. Ambos matrimonios viven para sus hijos..., y el uno para el otro. He visto cómo se escuchan, se toman el pelo, se desahogan de los conflictos del trabajo, analizan con una cartografía escala 1:1 las necesidades familiares ya sean de padres, de hermanos o de amigos.

Los cuatro, las dos parejas, han consagrado su vida a servir. Sin decir mucho, sintiendo el 20 de cada mes que se van recortando los recursos, como si la sensación del «agua al cuello» fuera uno de los placeres de la vida una vez cumplidos los treinta, más aún en el caso de estos cuatro, tan despreocupados durante la etapa universitaria que optaron en tropel por *carreras de letras*. Además no han renunciado tan solo a tener dinero, sino también a cultivar la mente. Y es que tanto niño tan pequeño demanda infinita atención en horas, y en cariño. Pablo, investigador en el campo de la lógica de la vaguedad, lleva todo el año volcado en la pequeña Gabriela, su última y diminuta inquilina. Rubén, que como docente en enseñanzas medias debería disfrutar de largas vacaciones en las que encarar la tesis sobre Aristóteles —en proceso desde hace seis cursos— dedica las mañanas a la piscina pública de un pueblo donde la pasa escuchando llantos, preguntas sobre flores, miedos a las avispas y niños que necesitan que les ayudes a que no te necesiten para divertirse.

Héroes. Marta y Pablo, Teresa y Rubén, trabajan, cocinan, escuchan, consuelan, no paran..., y al final del día invitan a un amigo del lejano pasado (yo mismo) y le atienden como si fuera el peregrino, como si fuera ese invitado el que necesitara descanso.

— LA NUEVA VIDA CULTURAL —

DESÁNIMO. UNA DE LAS LIBRERÍAS GRANDES DE LA CIUDAD —que en realidad contaba con dependientes, no con librereros— se ha trasladado a un piso diferente del Gran Almacén (ese en el que de pronto «ya es primavera»), apretándose entre CD's y películas que ya no se compran, para dejar toda la planta baja a «la tienda de Samsung más grande de Europa».

Televisores planos de pantallas gigantes con 4K (¿qué será eso?), ordenadores planos de tarjetas gráficas para los muy jugones, tabletas con miles de colores y teléfonos que ya alcanzan las cuatro lentes en la cámara, relojes ma-motréticos a los que se les supone inteligencia, ocupan el lugar donde antes yacían miles de libros apilados sin cariño y sin criterio. Lo penoso es que el local, antes casi siempre vacío, se ha llenado de viandantes que trastean con curiosidad sobre el dispositivo en el que podrán ver vídeos de *YouTube* o editar sus graciosos *Tik-Tok*.

La *decadencia de Occidente*, esta vez de la mano de una empresa de electrónica que me parece que es coreana.

— COSAS DE MUERTOS —

ME OCURRIÓ HACE TRES AÑOS. COMÍ CON JOSETXU, GRAN amigo, quien me pidió al final del almuerzo consejo filosófico.

—Recomiéndame un libro —me dijo.

Y yo le aconsejé Platón.

Nos acercamos a una de esas grandes librerías de calle principal, donde apilan montones de ejemplares del mismo título, de forma similar a como se hace con las ensaimadas en Mallorca o las morcillas de Burgos en un área de servicio.

Entre tantos *rowlings*, *revertes*, *follets* y *posteguillos* mis ojos no daban con la sección de filosofía ni con la de clásicos. Se me ocurrió preguntar a una dependienta, joven y becaria.

—¿Dónde tienen los libros de Platón?

Ella, con algo de susto, se sobresaltó mientras me respondía de modo completamente natural:

—¿Platón?, ¡pero si ese está muerto! —y rompía en carcajadas.

Josetxu y yo cambiamos de local. Esa librería es, actualmente, una tienda de ropa.

Posdata: encontramos a Platón y compramos *Gorgias*. A los pocos días me llamó mi amigo, dedicado al aislamiento de fachadas. Me dijo que sin duda era el mejor libro que había leído en su vida.

— MENÚ DEL DÍA —

PASEO LA TARDE DEL LUNES. HACE FRÍO, LA LLUVIA CAE A rachas, los paraguas se rompen por el viento. Me refugio en una librería, no sé para qué, ahora que tengo a mi Boswel, a mi San Agustín y los ensayos de Montaigne en lista de espera de lecturas. Pero entro y compro. Caen dos volúmenes de bolsillo con los cuentos completos de Borges y los de García Márquez. No sé cuándo los leeré. Sí que cada uno de ellos cuesta tanto como un menú del día en cualquier bar o restaurante de la zona. Primero la cultura, aunque haya que sobrevivir a pan y agua. Y, como no es ese mi caso, el resultado del negocio redondo, hacerme con dos grandes, es miel sobre hojuelas.

— ASOMBRO —

MIRO ESTE MUNDO CON ASOMBRO. ASISTO A MI PROPIA existencia como un testigo —un figurante— que no conoce del todo las instrucciones de uso. Ayer alguien me hablaba de sus inquietudes, dudas, de la frivolidad de sus amigas, del vacío. Yo asisto a lo mismo, aunque a veces no sé si en mí mismo. Y me impresiona todo: la muerte de Luis, más joven que yo, y las consecuencias de las decisiones que he ido tomando. ¡Qué gran deseo el de ver el revés de la trama! Y qué sensación, una vez más, de que nuestra vida breve es demasiado larga.

— DESASOSIEGO —

ESTOS DÍAS PUEDO ESCRIBIR MI PROPIO *LIBRO DEL DESASOSIEGO*, siguiendo las indicaciones de Pessoa: un poquito de infinito dentro de la cotidianidad y todo se te revela casi como absurdo. Pero no es verdad, pues con ese amigo pasé ayer un gran rato. Sin embargo, el mismo verbo, *pasar*, lo dice todo sobre el *run run* que conforma mi estado de ánimo: lo bello no se detiene, se nos escapa. Pediría a los dioses del Hades que no se notara el tiempo, que no me diera cuenta de su transcurrir, que se fuera acabando, para engañar a la propia vida y que ésta también pase, como queremos que pase la tensión de la película aunque sepamos que si llega la calma se terminó la historia y nos sacan del cine a la calle y eso nos obligará a buscar una nueva manera de *pasar* el tiempo para no acogotarnos del miedo de la sensación de que no pasa, del aburrimiento, del hastío.

— NIÑO —

LOS NIÑOS SON DE COLORES.

—¿Qué es eso rojo que tienes en la cara? —le pregunta a Ángel, en pleno tratamiento contra el acné, un pequeño de seis años.

Le pido que se acerque.

—¿Cómo te llamas?

Su respuesta: enseñar una cartela que le cuelga del cuello para no perderse al subir al autobús en el colegio. José Suárez. Yo conocí a uno con ese apellido.

—¿Tu padre se llama Evaristo?

—No lo sé —responde—. Algunos le llaman Juan, pero yo le llamo *Papá*.

Ángel y yo nos reímos, tratando de imaginar al mismo personaje ocho años más tarde, con apenas quince, quizá con tensiones en casa, tal vez enfadado con su padre.

— FILÓSOFO —

¿A QUÉ NOS DEDICAMOS LOS FILÓSOFOS?

A gritar que los reyes caminan casi siempre desnudos.

— VIDA —

HE VISTO *EL ÁRBOL DE LA VIDA*, DE TERRENCE MALICK, con Brad Pitt sereno, la maravillosa Jessica Chastain, y unos niños luminosos. Hay que ir a ella descansado: densa, sin apenas diálogos, dedica quince minutos bastante abstractos a la *Creación* (la misma *Die Schöpfung* de Haynd, aunque Malick prefiere usar el *Lacrimosa* de Zbigniew Preisner), y ofrece las mejores escenas que he visto sobre el descubrimiento del mal en la infancia: un ahogado, un incendio, niños rompiendo cosas, un

chiquillo que entra en casa ajena y roba algo y no puede vivir de dolor por el sentido de culpa.

Me ha recordado a Gerald Manley Hopkins cuando da gracias a Dios «por las cosas más variopintas». Así, la sombra de unos niños rodada del revés, bajar unas escaleras con los movimientos innecesarios del baile, hacer el tonto, pegarse con la cartera de la comida, la reverencia hacia tu padre, pelearse por culpa de la severidad de ese mismo padre, el niño tiñoso y el que se ahoga obligando a preguntarte qué pecado habrían cometido, una madre que corre chillando por la casa mientras sus niños la persiguen con un lagarto, los gritos de alegría porque papá se ha ido de viaje (y con él la exigencia descarnada y el temor), la música, la luna, el agua que borbota desde una manguera y con la que te mojas los pies, asistir al misterio de la muerte de alguien de tu edad que era niño todavía. Esa cotidianidad de chicos de los años 50 en EE.UU. representa a cualquiera, de cualquier época y patria, pues la infancia es la etapa fuera del tiempo, sin historia, marcada por el asombro y el juego y la sorpresa y la necesidad de afecto. Y en ella se plasma su relación con la creación del universo, con Dios que todo lo cuida.

En una escena nerviosa se muestra al chico mayor robando en casa ajena. Ahora busca un escondite para la prenda que se ha llevado, la combinación o el camión de



la vecina. Asustado, la lanza al río con la desesperación de pensar que todo el mundo lo sabe, que el cosmos entero le acusa. Un bote flota a lo lejos. Le devasta el peso de la conciencia y de la culpa. La madre que espera en el jardín, en el umbral de la casa. Le busca en silencio. Y él, que no logra limpiarse de remordimiento ni siquiera en el vaivén del columpio, le pide llorando que le escuche un momento, «pero por favor, no me mires mientras hablo» pues siente que muere de vergüenza. No vemos el rostro de ella, aunque no hace ninguna falta: sin palabras, escarbando cada espectador en su propia experiencia, basta para comprender. Nos ponemos en el punto de vista de Dios («Quiero ver las cosas como Tú las ves», le reza en una ocasión el niño) y nos damos cuenta de que precisamente esa acción, ese arrepentimiento, ha sido una prueba evidente del amor infinito de un Padre que perdona, y que lo hace no movido por la grandilocuencia, sino por quererle hasta el arrebató.

—Tu hijo, ahora, está en manos de Dios —consuela una vecina.

—¿Acaso no lo ha estado siempre? —responde la madre que llora la muerte de uno de sus vástagos.

—Piensa que por lo menos te quedan los otros dos —insiste su amiga.

Y ella la mira entre el asombro y el escándalo, pues no son tres, sino que son cada uno.

En otra escena el chico mayor le hace daño con una escopeta de aire comprimido a su hermano pequeño (un rubio silencioso, experto en mirar), y la víctima huye llorando y dando gritos. Es el microcosmos del Mal. Se reencuentran en la habitación que comparten, en el dormitorio. El autor de la herida llora, desangelada el alma por el dolor que ha provocado. Se acerca al codo del más chico y se lo besa. Éste, tras pensárselo un poco, borra los restos del beso de un manotazo, como si no aceptara. Pero el mayor insiste: como San Pedro, le vuelve a besar en el mismo lugar. Y el otro que se limpia. Y otra vez lo *re-besa* paciente. Y ahora, cuando se seca, el rubio ya está sonriendo, que es lo mismo que decir «jugando». ¿Tal cosa es el perdón? El mayor le entrega un listón de madera. «Golpéame si quieres», le dice. El otro amaga el golpe. Amaga de nuevo, y más. Sin embargo, la sonrisa permanece. Se para, toma el tarugo de leño y comienza a acariciarlo. «Eres mi hermano, no debería haberte hecho daño», se lamenta el mayor. El pequeño es el mismo con cuya muerte en una guerra comienza la película. Dios parece repetir el sacrificio de Isaac.

—¿Dónde estabas, Señor?

Siempre junto a él y a cada uno: en el codo besado, en el golpe amagado, en sus silencios hermosos, en el dolor, en la reconciliación.